# EN LAS CUENTAS DEL ROSARIO.

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

EDUARDO HERRAIZ FARINAS.

Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Valladolid, la noche del 27 de Enero de 1879.

PRIMERA EDICION.

VALLADOLID:

Imp. de José Rojas, calle de Guadamacileros, núm. 2.

1879.

6

EPISODIOS DRAMÁTICOS.

# EN LAS CUENTAS DEL ROSARIO.

EN UN ACTO Y EN VERSO

POR

## EDUARDO HERRAIZ FARINAS.

Estrenada en el Teatro de la Comedia, de Valladolid, la noche del 27 do Enero de 1879.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO
Libros depositados en la
Biblioteca Nacional
Procedencia
PÁS
edencia
18

PRIMERA EDICION.

VALLADOLID:

Imp. de José Rojas, calle de Guadamacileros, núm. 2.

1879.

Esta obra es propiedad de su autor, quien ha cumplido los requisitos prevenidos en la ley de 10 de Enero de 1879, y someterá á sus efectos penales á los que le perjudicaren en los derechos que la misma le concede.

Todos los ejemplares llevarán la contraseña de su autor.

**Al Ilmo. Sr. D. Joaquin Marton y Gavin.**

ILMO. SR.:

La gratitud y la estimacion han hecho á mi alma dedicarle la primera produccion, el primer fruto de mis trabajos dramáticos.

Grande es la causa que me impulsa á rendirle este homenaje; pequeño el mérito de esta obra; pero, por ser la primera, acéptela V. I. como testimonio del reconocimiento que ha hecho brotar en mi corazon.

ILMO. SR.

EDÚARDO HERRAIZ FARINAS.

722637

| PERSONAJES. | ACTORES. |
| --- | --- |
| MATILDE. . . . . | SRA. D.ª MARIA RUIZ. |
| EMILIA. . . . . | SRA. D.ª DOLORES RODRIGUEZ |
| DIEGO. . . . . | SR. D. JUAN TORRECILLA. |
| ANDRÉS. . . . . | SR. D. RAFAEL LOPEZ. |
| D. JUAN. . . . . | SR. D. GASPAR RAMOS. |

Epoca actual; la escena de noche.

# ACTO UNICO.

Jardin: un pabellon á la derecha: fachada interior de casa con dos puertas y un farol en medio; tapia al fondo con postigo á la calle; bancos, etc....

## ESCENA I.

MATILDE, EMILIA, *(en el pabellon.)*

*Matilde.* Gracias, Emilia, ya sé
que puedo contar contígo
y en tu corazon amigo
únicamente fié.

*Emilia.* Yo sólo ví el mundo aquí
junto á mis buenos señores
y en usted, en sus dolores,
lo que es el mundo aprendí.

*Matilde.* Tú ignoras áun lo terrible
de las tormentas del alma....
¡Bendita, bendita calma
la tuya! Yo, en indecible,
en espantosa vigilia
vivo, sin tener derecho
á que consuele mi pecho
el amor de la familia.
Yo amaba á un hombre y el sér
en su sér fundia yo,
cuando á Cuba lo llamó
con fuerte impulso el deber.
Cual bueno murió en la guerra

y, sin nadie ya en el mundo,
soledad, duelo profundo
fueron mi amparo en la tierra.
En tal aislamiento, ufano
don Diego me pretendió
y el corazon aceptó
su amor, su fortuna y mano.
Pero apesar de su muerte
áun le lloro y le recuerdo
y ni un sólo instante pierdo
de lamentar tan cruel suerte.
Y de tal modo su nombre
y su amor pronuncio avara
que, si alguno me escuchara,
creyera existe tal hombre.
¡Ay! nunca pude esperar
la desgracia que hoy me amaga,
y que aquí la antigua llaga
hace con fuerza brotar.
Pobre niña tú, no sabes
lo que sufre el alma mia
hoy que ese amigo me envia...

*Emilia.* Nunca yo penas tan graves
sentí, es verdad; mas presiento
por lo visto en usté de ellas,
que son dolorosas huellas
las huellas del sufrimiento.
Corta fué mi educacion
de mi vida en el preludio;
mas no necesita estudio
el libro del corazon.
Los que las horas pasamos
cumpliendo leal servicio,
sólo tenemos el vicio
de adorar á nuestros amos.
Y á fuerza de estar un dia
y otro al calor de su hogar,
lloramos con su pesar
reimos con su alegria.
Por eso, porque fiel soy,
gustosa yo en este asunto
he intervenido y barrunto
que sus penas cesan hoy.
Y aunque el corazon me aflige

ese insensato pesar,
creo que debe aceptar
la cita que se le exige.

*Matilde.* ¿Y nó podrán sospechar
que causo injuria á mi honor
si inmenso el antiguo amor
ven aquí résucitar?....
En vano con fé pretendo
matar recuerdos felices
que aquí otra vez sus raíces
lentamente van prendiendo;
y en este angustioso drama
que representa mi vida,
aunque el deber dice «¡olvida!»,
ellos gritan »¡ama!, ¡ama!»

*Emilia.* Por qué en tanta confusion
de penas así se abisma
quebrantándose usted misma
las fibras del corazon?

*Matilde.* Porque mi alma es un desierto
sin un oásis bendito!
Porque, si no es un delito
adorar con fé al que es muerto;
el rito de la virtud
prescribe á la esposa honrada
que no pose la mirada
ni aún en el triste ataüd,
cuando el polvo en él se encierra
de otro hombre en santo reposo,
y sólo en Dios y en su esposo
debe pensar en la tierra.

*Emilia.* De su lealtad, señora,
seguro y convicto está
su amigo y no admitirá
apariencia acusadora.
Hoy mismo desembarcó
y hoy mismo quiere cumplir
el encargo que al morir
D. Eduardo le confió.
Yo no juzgo mal su intento,
ni esta sencilla visita
aunque con nombre de cita
se disfrace.

*Matilde.* Mas presiento...

Si se descubre...

*Emilia.* ¡Quién puede
decir nada, si las dos,
ese caballero y Dios
sabémoslo?...Vamos...¿cede?
Qué le digo?

*Matilde.* Bueno, bueno,
consiento; y Dios que me vé,
Dios que comprende mi fé
y mi pecho siempre ajeno
á faltar á mi deber,
perdóneme si llorosa
hoy recuerdo como esposa
lo que amé como mujer.

*Emilia.* Conque á las nueve?

*Matilde.* A las nueve.

*Emilia.* Poco falta... Por lo tanto
voy á avisarle... *(Se dirige al postigo;)*

*Matilde.* Dios santo!
Mi corazon no se atreve...!

*Emilia.* Vamos, valor! Por aquí *(Señala al postigo.)*
con cautela le entraré.
Adios, señora; él la dé
ánimo y fuerza. *(Mútis por el postigo que abre y cierra con llave.)*

*Matilde.* Ay de mí!

## ESCENA II.

MATILDE,

Noche plácida y hermosa
misteriosa soledad,
bello jardin en que miro
mi retiro y santo hogar;
no ya como en otros dias
alegrias dáis y paz;
no, como en otras pasadas
y lloradas horas, ya
sustentais mi dulce anhelo
y consuelo y fé y afan!
Sublimes horas benditas
escritas en el cristal
de ese cielo ayer amigo,

testigo hoy de mi pesar;
horas que se deslizaron
y escucharon, por mi mal,
suspiros de un amor loco
que tampoco volverán!

*(Queda sollozando. Diego asoma puerta primera y llega pausadamente al pabellon, sin ser visto de Matilde.)*

## ESCENA III.

DIEGO, MATILDE.

*Diego.* *ap.* (¡Siempre triste y siempre bella!
¡Alma inflexible y sombria,
corazon impenetrable
que consuelo ajeno esquiva
y en sus secretos pesares
con sus lágrimas se abisma!)
Matilde...

*Matilde.* Diego... Es que estabas...

*Diego..* Contemplando esas mejillas
que en su tinte melancólico
revelan, aún no marchitas,
recientes huellas de lágrimas
que luchan con tus sonrisas.

*Matilde.* ¿Acaso, Diego, supones...?

*Diego.* Supongo que no es tranquila
esa espresion que las rosas
roba á tu fisonomia;
supongo que esas dos perlas
que en tu pálida tez brillan,
dan la razon á mis ánsias
y un mentís á tu alegria...
Vamos, dime con franqueza;
¿Por qué extranjera á la dicha
vives, trazando con lágrimas
las páginas de tu vida?
¿Nó me has visto siempre atento,
siempre, siempre hecho el espía
de tu capricho mas leve
por realizarlo enseguida?
¿Estás enferma?

*Matilde.* Yo, Diego?

*Diego.* ¿Nó eres feliz?

*Matilde.* *(con serenidad fingida)* Felicísima!
*iego.* ¿Qué te hace falta?
*Matilde.* A mí... nada!
*Diego.* ¿Qué es lo que tienes?
*Matilde.* Manias.
¿Vés? Ya me rio...
*Diego.* Así quiero
mirarte siempre y tranquila.
*(Entra Andrés puerta 1.ª)*

## ESCENA IV.

Dichos, ANDRÉS.

*Andrés.* Perdonadme, si á tal hora.,.
*Diego.* Hola, Andrés!
*Andrés.* Primita...
*Matilde.* (*con sequedad*) Adios!
*Andrés.* Hoy recibe la señora
de Ramos .. la encantadora
viuda... y vengo por los dos.
*Diego.* Esta dirá...
*Matilde.* Las reuniones
detesto... Te lo agradezco...
Yo tengo mis distracciones
en la soledad.,. padezco.,.
*Andrés.* Sí; te aburren los salones...
*Diego.* Es cuestion ya de costumbre.
*Matilde.* A la luz, al movimiento
del baile, mi pensamiento
prefiere la tíbia lumbre
del hermoso firmamento
que riela en este retiro,
donde con calma respiro
sin que turbe mi sosiego
el aromoso suspiro
de estas flores que yo riego.
*Diego.* No te molestes, Andrés;
hoy está cual nunca triste
y hasta á hablarnos se resiste.
*Andrés.* Conque no vás?
*Matilde.* No!
*Diego.* Lo vés?
De tu capricho desiste.

Y puesto que yo te trato
como á un hermano del alma,
te dejo aquí.

*Andrés.* *ap.* (Mentecato!)

*Diego.* A ver si tornas la calma
á su pecho. Voy un rato
á coger mis cartas.

*Matilde.* *ap.*-(Cielos!)

*Andrés.* *ap.*-(Pues que me deja con ella...)

*Diego.* Espero que á su querella
dés eficaces consuelos. (*Mútis pta.* 1.ª)

*Matilde.* *ap.* (Este hombre es mi mala estrella.)

## ESCENA V.

MATILDE, ANDRÉS.

*Andrés.* Por fin, Matilde, á tu lado
puedo á solas... (*Intenta cogerla una mano.*)

*Matilde.* (*Rechazándole.*) Caballero!

*Andrés.* ¿Mas por qué mi amor sincero...

*Matilde.* Y ¿por qué usted tan osado
de él habla?... Si por prudencia,
si por la paz del hogar
pude hasta aquí perdonar
su descaro; hoy la paciencia
se agota, y no encuentro medio
de resistir tal cinismo.
Entre los dos un abismo
existe.

*Andrés.* (*Con ironia é intencion.*) Te causo tédio...?
Quizás... prima,... si tu vés...
ofensa en mis pretensiones...
es porque hay... otras razones...
mas poderosas...

*Matilde.* Andrés!
No hay razones que el delito
justifiquen! El que insano
falta al honor de un hermano,
es un mal hombre!

*Andrés.* (*Id. id.*) Repito...
que, al... despreciar.,.asíelfuego..
de mi pasion colosal...

*Matilde.* Jamás mi pecho leal

hará traicion á mi Diego!

*Andrés.* Cuando, con harta imprudencia, (*Transicion.*)
una mujer lanza al viento
los ecos de un sentimimiento
que no cabe en su conciencia;
cuando en ese pabellon
deja escapar el secreto
de un amor loco, indiscreto,
que mancha su corazon;
cuando, escondida en la sombra
de estos árboles gigantes,
otros vínculos amantes
su lábio adúltero nombra;
no debe así al alma mia
reprochar porque la adora
ni escudarse en tan traidora
y cínica hipocresía.

*Matilde.* Jesús!

*Andrés.* Me has llamado loco
en premio á mi amante ruego,
cuando á un hombre, que no es Diego
dás tu amor. Y aunque bien poco
honro á mi primo al amarte,
si otro esclavizó tu pecho,
uso del mismo derecho
que á él asistió al cortejarte.

*Matilde.* Infame!

*Andrés.* Yo sorprendí
que en noches claras, serenas,
á la soledad tus penas
viniste á contar aquí.
Y las frases que salian
de tus lábios, con tu aliento,
en mí las ondas del viento
íntegras repercutian.
Y supe que existe un hombre
que, del mundo en la jornada,
á tu conciencia exaltada
dá alimento con su nombre;
que le amas loca, perdida,
como el alma á lo increado,
como á Dios, tras el pecado,
la conciencia arrepentida;
como el pez al agua pura

donde rebulle y se agita;
como á la ciencia infinita
de Dios, ama la criatura.
Y yo... en pos del egoismo
que me arrastra hecho un demente
cual la avalancha absorbente
que precipita al abismo;
al ver en tí arder tal fuego,
creció mas la pasion mia
grande como la alegria
que al ver la luz siente el ciego;
y este amor que precipita
al crímen, que fué al nacer
el amor que Lucifer
consagra al alma maldita;
desde entónces, ay!, me llama
hácia tí y, sin tino, incierto,
voy á tí como al desierto
vá la tempestad que brama.

*Matilde.* Por Dios!...

*Andrés.* Si atiendes mi ruego,
iré tus huellas besando!

*Matilde.* Basta! Está usted insultando
á Dios y al honor de Diego!
Si, porque ha sido indiscreto
sorprendiendo mis dolores,
con sus infames amores
pone precio á mi secreto;
aún no me ha manchado el lodo
impuro que usté ha creido...
Cuando vuelva mi marido
puede contárselo todo!
(*Con desprecio y mútis puerta* 2.ª)

*Andrés.* Sí, sí! Ya que mi esperanza
hundes en tan hondo abismo,
pronto, muy pronto, ahora mismo
saciaré mi cruel venganza!

(*Se abre el postigo del jardin y entra Emilia, cerrando.*)

## ESCENA VI.

### EMILIA, ANDRÉS.

*Emilia.* *ap.*-(Ay, el señorito Andrés!)
*Andrés.* Hola, Emilia!... ¿Dónde has ido
que así, de noche, á tal hora,
con misterio y por tal sitio
entras? Por qué sonrojada
te pones?
*Emilia.* Es... que... he tenido...
que ir á un encargo...
*Andrés.* (*Con sorna.*) Anda .. sube...
y dí que baje á mi primo.(*Mútis Emília pta.* 1.ª)
La doncella á tales horas
salir así sin motivo... (*Pausa leve, y meditando*)
Sí, sí; yo debo esta noche
acechar por estos sitios...
Yo sabré si alguna cita
la salida ha promovido... (*Entra Diego*)
de la doncella... aquí llega
mi pariente... ¡pobrecillo!

## ESCENA VII.

### ANDRÉS, DIEGO.

*Diego.* Chico,chico, qué noticia!(*Con alegria vehemente*)
*Andrés.* Pero qué te ha sucedido?
*Diego.* Que ahora poco, en el correo,
una carta... ay!... qué delirio!
Que mi padre... esta semana...
¿oyes?, quizás hoy, hoy mismo
vuelve de Cuba...
*Andrés.* Demonio!
*Diego,* Y Matilde?
*Andrés.* Se ha subido
hace un instante... Por cierto
que siento, querido primo,
turbar el gozo, la dicha
causados por ese escrito.
*Diego.* Turbar mi gozo!... No alcanzo...
*Andrés.* Me explicaré... mas te exijo
que me dispenses...

*Diego.* Corriente!
*Andrés.* El vivir siempre contigo
es causa de los pesares
que en Matilde has sorprendido.
*Diego.* Cómo! Qué dices, Andrés!
*Andrés.* Nada que, segun he visto,
estás siendo sin pensarlo
un estorbo, caro primo.
*Diego,* Rayo de Dios! Qué palabras
son esas que has proferido!
*Andrés.* Palabras! Hay algo mas...,
Hay hechos, hechos fresquitos.
*Diego.* Hechos! Hechos! Habla claro!
*Andrés.* Tén paciencia y calma, chico,
*Diego.* Pero...
*Andrés.* Matilde te engaña...
te está poniendo en ridículo!
*Diego.* Desdichado! (*Lo coge violentamente*)
*Andrés,* Suelta, Diego!
*Diego.* Infame!
*Andrés.* Suelta!
*Diego.* Maldito!
Si esas palabras oyesen
de un estraño los oidos,
aqui á mis manos murieras!
*Andrés.* Escúchame:.. Te suplico...
*Diego.* Retráctate, miserable! (*Lo suelta.*)
*Andrés.* Nunca, Diego; lo que he dicho
es verdad: ella las pruebas
me ha dado.
*Diego.* Pero Dios mio!...
Es posible!... Nó; este infame
debe estar falto de juicio!
Dí que te has equivocado!
*Andrés.* Yo ni pongo rey ni quito:
tu esposa es una perjura,
tu esposa es un sér indigno,
tu esposa te ha suplantado,
tu esposa es tu desprestigio
y, si así tocas el órgano
y no acechas y andas listo,
ante los ojos del mundo
vas á ser primo, el gran *primo.* (*Mútis. Páusa.*)

## ESCENA VIII.

DIEGO.

¡Pero estoy loco ó soñando!
Qué abismo á mis pies se ha abierto!
Qué cruel desengaño es este
que aquí, terribles rugiendo,
hervir hace cien volcanes
que me calcinan el pecho!
Conque esas penas secretas
son hoy el maldito sello
que mancha mi honrada frente!
Conque mis santos derechos
vulnera y pisa y cercena
un hombre, un rival artero
que así forja mi deshonra,
así mi envilecimiento!...
Mujer! Mentida ilusion,
charca impura, mar de hielo,
lago de cristal vibrátil
que descubre en su escarceo
perlas en la superficie,
fango y escoria en su lecho!...
Y hay corazon que se calle
al arder en tal infierno,
ni cerebro comprimido
de horribles dudas al peso
que, cual cráter, no vomite
la hiel de sus pensamientos!
Nó, nó, Que siento abrasarse
mis artérias con el fuego
de este furor concentrado,
gigante, infernal, sangriento,
que agranda mas la vergüenza
que escrita en la frente llevo!
Nó, nó! Me pide venganza,
con eco potente y fiero,
de mi honor hecho girones
el envilecido espectro!
Venganza! Sí! Del inícuo
que asi trituró mis fueros,
necesito gota á gota,
beber la sangre y del pecho

arrancarle el corazon,
escupirlo con desprecio,
morderlo, hacerlo pedazos,
y pisotearlo luego!
(*Entra Matilde y transicion rápida.*)

## ESCENA IX.

DIEGO. MATILDE.

*Matilde.* ¿Llamabas, Diego?... Tus gritos
desde mi cuarto sentí...
*Diego.* Son los ecos infinitos
de mis pesares malditos!
*Matilde.* Comprendo... Andrés... tal vez...
*Diego.* Sì!
(*Pausa larga. La coge y adelanta al proscenio. Lo siguiente queda al sentido del actor.*)
De un jardin en los escaños
que suave musgo bordaba,
vírgen aún de desengaños,
triste, hermosa y pura estaba
una mujer há dos años.
Arcángel, querub dichoso,
rica perla de Golconda,
velaba su rostro hermoso
con el cendal abundoso
de su cabellera blonda.
Gérmen de grato consuelo,
en sus divinos antojos
Dios, con soberano celo,
robó dos astros al cielo
para dar luz á sus ojos.
Y para dar más beldad,
mas tesoros á su sér,
de soñada idealidad,
ángel la hizo su bondad
con figura de mujer.
Un hombre á sus pies, de hinojos,
era en éstasis profundo
mirando sus lábios rojos
como mira el moribundo
la luz que escapa á sus ojos.
Ella, de un suspiro en pos,

moduló un *si* dulce, tierno;
y haciendo testigo á Dios,
juráronse amor eterno
mirando al cielo los dos.
Amor que, desde la altura
serena en que se cernia,
ignoraba la impostura
del mundo, y en la dulzura
de su inocencia dormia.
Purísimo sentimiento
de inmaterial ambicion
á quien daban alimento
eflúvios del pensamiento,
suspiros del corazon.
Amor grande encadenado
á la virtud y que, en pos
de su destello sagrado,
al nacer fué sancionado
con la sonrisa de Dios...!
Pasó el tiempo... En santa union
sus almas vino á estrechar
cadena de bendicion
que en un sólo corazon
las confundió ante el altar.
Mas, ay!..., Sin saber por qué,
sus votos ella rompió,...
Él, pura guardó su fé...
¡Ella, señora, era usté,
el hombre, señora, yo! (*Pausa leve*)

*Matilde.* Diego, perdon! Yo te juro
que mi pecho no es perjuro!...
Escucha solo un momento...

*Diego.* Ingrata! (*Marchándose.*)

*Matilde.* (*Deteniéndole.*) El remordimiento
es castigo mas seguro! (*Transicion*)

*Diego.* Luego es verdad! Delincuente
te muestras á mi furor!
Conque has borrado el pudor
que sonrojaba tu frente!

*Matilde.* Intacto guardo mi honor!

*Diego.* Si acaso á la religion
tu conciencia rinde culto;
¿qué cuentas de tu traicion
diste á Dios, si la oracion

es en tu lábio un insulto?
Yo iré de tu amante en pos
y esos viles, torpes lazos
con que así manchais los dos
mi nombre, juro por Dios
que he de hacer pronto pedazos!

*Matilde.* Mátame á mí... mas te pido...

*Diego.* Miserable! Así anhelante
la gracia para el amante
osas pedir al marido!

*Matilde.* No te ciegues y un instante...

*Diego.* Querrás que mire risueño
al hombre que en torpe empeño
satisfizo así su orgullo,
si de un honor que no es tuyo (*Emilia asoma y vuelve á ocultarse.*)
hiciste al infame dueño!
Y ya que, tan sin ventura,
comerciaste vil é impura
con mi nombre y con mi rango,
querrás que dé sepultura
á mi pudor en el fango!
Así sois todas, así
las que en torpe frenesí
vendeis amor, honra y fé....
*(Transicion.)*
Señora, déjeme usté
ó no respondo de mí! (*Mútis pta.* 1.ª)

(*Entra Emilia por el postigo, donde estaba esperando, dejándolo entreabierto.*)

## ESCENA X.

MATILDE, EMILIA.

*Matilde.* Ay, Emilia!

*Emilia.* ¿Qué ha ocurrido?

*Matilde.* Que Don Andrés se ha vengado
por haberlo despreciado,
contándole á mi marido
mi secreto.

*Emilia.* Es un malvado!

¿Y cómo supo?

*Matilde.* Escuchó
mis suspiros... y, creyendo
que el amante que murió
y que mi lábio nombró
existe aún y que vendo
mi honor, mi fé, mi ternura;
acusándome de impura,
en el alma de Don Diego
de celos horrible fuego
encendió con su impostura! (*Llora.*)

*Emilia.* Y ¿por qué tan humillada
ha de verse al fiero yugo
de duda injustificada?
¿Por qué, si usted es honrada
ha de encontrar tal verdugo?
¿Por qué terrible así avanza
de amarga hiel un alud
que ruje, llega y le alcanza
si, extranjera á infiel mudanza,
duerme en usted la virtud?

*Matilde.* Por que Dios á la mujer
da corazon para amar,
conciencia para creer,
alma para padecer,
pupilas para llorar.
Porque una irritante ley
cuyo rigor nunca acaba,
hace, en la mundana grey,
al hombre ser siempre rey,
á la mujer siempre esclava.
Y aunque ostenta hermosas flores
en sus sienes peregrinas,
las marchitan los dolores
que erizan siempre de espinas
la senda de sus amores.

*Emilia.* Por eso el hombre ver cuida
la arista en el ojo ageno...

*Matilde.* Y, miéntras ingrato olvida
que de la mujer el seno
fué el génesis de su vida;
ella con ternura y celo,
con abnegacion prolija,
hace al hombre, aquí en el suelo,

amar la vida, si es hija,
pensar, si es madre, en el cielo.
Y si el destino precario
se torna, del hombre en pos
va en su dolor solitario
como bendito emisario
de los consuelos de Dios...
Triste farsa, torpe ciencia
del mundo, que hacen simpática
esta mezquina apariencia,
pobre, estéril matemática
que llamamos existencia! (*Suenan las nueve.*)

*Emilia.* Las nueve... Debe llegar...(*Se dirige al postigo.*)
si no está aquí ya esperando...

*Matilde.* Que se vaya.

*Emilia.* Cómo!

*Matilde.* A hablar
renuncio... Si está observando
alguien... seria aumentar
las sospechas de mi esposo.

*Emilia.* Pero...

*Matilde.* Basta! Mi reposo
lo exige.

*Emilia.* *ap.*-(Pues todo el plan
descompone que gozoso
ha preparado D. Juan.)

*Matilde.* ¿Que estás ahí murmurando?

*Emilia.* Señora; estoy lamentando
esta determinacion...
Mas si me dá su perdon
al engaño...

*Matilde.* Qué!

*Emilia.* Ocultando
he estado á usted...

*Matilde.* El qué?

*Emilia.* Digo
que, aunque hablarle no le cuadre...
es ese supuesto amigo
que ha de entrar por el postigo,
padre del señor...

*Matilde.* Su padre!
El padre de Diego! Nó...

*Emilia.* Si, señora. D. Juan es
el amigo que me habló

y la cita me pidió.

*Matilde.* Y por qué ocultarse?

*Emilia.* Pues
eso mismo yo decia;
mas dijo, que no queria
dar su nombre ni mostrarse
sin préviamente encontrarse
con usted. Y yo fingia
que era un amigo el que asi
de parte de D. Eduardo
venia...

*Matilde.* Dí que le aguardo.

*Emilia.* Debe estar sin duda aquí... (*mira al postigo.*)

(*Entra D. Juan por él que deja entreabierto*)

*Emilia.* El es; no ha sido muy tardo. (*Señala á D. Juan y mútis puerta 2.*)

## ESCENA XI.

### MATILDE, D. JUAN.

(*Despues de los primeros versos, Andrés penetra sigilosamente por el postigo, escucha y se alegra de haberlos sorprendido; sale indicando vá á avisar á Diego: volviendo al final de la escena, para decir las palabras que en ella le son señaladas, acompañado de Diego que lleva un arma en la mano.*)

*Juan.* Hija mia! Aquí, en mis brazos!

*Matilde.* Pero es posible!

*Juan.* Sí tal;
hecho un pobre carcamal
vengo á dar á vuestros lazos
mi bendicion paternal.

*Matilde.* Mas ¿qué razon ha tenido
para ocultar su llegada?

*Juan.* Una deuda muy sagrada
que allá en Cuba he contraido
hace tres años. Callada
la tuve, y sólo los dos
debemos saberla y Dios
que en su seno santo y fiel
amparó al noble doncel
que murió de su honra en pos.

*Emilia.* Aún le llora el alma mia!

*Diego.* Pobre Eduardo! En su agonia,
en mitad de aquel desierto
que humeante enrojecia
la sangre de tanto muerto;
me dió un recuerdo sagrado
que unido á su corazon
fiel hubo siempre guardado;
y de su amor malogrado
me hizo triste confesion. *(Saca un rosario.)*
Allí me dió este tesoro
de sus primeros amores;
y, al morir, con sangre y lloro,
mil besos devoradores
engastó en sus cuentas de oro. *(Se lo dá.)*

*Matilde.* Mi rosarío! *(Besándole.)*

*Juan.* El que le diste,
el que en su pecho pusiste
cuando de tí se alejó
y en España te dejó
loca, solitaria y triste.
Guárdale! De su oracion
última y postrer latido
lleva la triste impresion.

*Matilde.* Siempre aquí vivirá unido
á mi pobre corazon! *(Lo guarda en el pecho.)*

*Juan.* Guardalé, sí! Ese rosario,
en el casto santuario
de tu pecho virginal,
te preservará del mal
en este valle precario.

*Matilde.* Así creo!

*Juan.* Comprender
podrás al punto, hija mia,
que yo este asunto debia
procurar no hacer saber
á Diego.

*Matilde.* Padre...sería *(Llora.)*
mejor, que estos desconsuelos
le contase.

*Juan.* ¿Por que lloras?

*Matilde.* Porque almas calumniadoras
le han hecho concebir celos
y dudas crueles traidoras! *(Aparecen Diego y Andrés por el postigo.)*

*Juan.* Celos de tí !De una santa!

*Matilde.* Tanta es mi desdicha, tanta,
que Diego aquí me ha tratado
fieramente!

*Andrés.* (*á Diego.*) Descuidado
coge á quien tu honor quebranta!

*Matilde.* Ser dichosa yo creia
y el alma me ha hecho pedazos
con su acusacion impia! (*Llora.*)

*Juan.* A mis brazos, á mis brazos! (*Diego llega al pabellon.*)
Aprieta, aprieta, alma mia!

## ESCENA ULTIMA.

TODOS, ménos EMILIA y ANDRÉS.

*Diego.* Miserable! (*Se arroja con un arma en la mano*)

*Matilde.* Ay! (*Cae desvanecida en brazos de D. Juan*)

*Juan.* Maldicion! (*Andrés huye por el postigo.*)

*Diego.* Mi padre! (*Pausa.*)

*Juan.* Tu padre honrado
y un ángel que has ultrajado!

*Diego.* Padre !Matilde! Perdon!..,
Pero qué triste y funesto
ensueño es este? ¿En qué trama
en qué doloroso drama
lucha mi razon? Qué es esto?
Usté aquí cuando creí,
presa de dudas malditas...!

*Matilde.* Besa esas cuentas benditas! (*Saca el rosario y se lo dá*)
Por ellas tu frenesí
únicamente he causado!

*Juan.* La creistes criminal
sin que hubiese mas rival
que este rosario sagrado!

*Diego.* Pero.... decidme...

*Juan.* Tus celos
te hicieron ser visionario,
y en las cuentas de un rosario
se estrellan hoy tus recelos.
Yo te contaré, hijo mio,
el poema de amargura
que una maldita impostura
tradujo en crímen.

*Diego.* Lo ansío!

Mas ¿y Andrés? Suerte mortal
le espera! (*Vá á salir.*)

*Matilde.* (*Deteniéndole*) Despréciale!

*Diego.* El fué...

*Matilde.* Nó! tu orgullo fué
quien me juzgó criminal! (*Se dirige al público.*)
Nécio el hombre se encadena
á una vanidad ficticia
que en ropajes de delicia
disfraza siempre la pena;
sin pensar que, en la cadena
y sucesion de sus años,
le engendran dulces engaños,
le dan vida los amores.
le envejecen los dolores,
le matan los desengaños.
Dudas, celos y pesar,
soledad, luto, indigencia,
son triste y perpétua herencia
de la vida y del hogar.
Sólo pueden encontrar
calma, dicha, paz, consuelo
que mitiguen tanto duelo
como al corazon derrumba,
el cuerpo impuro, en la tumba,
el alma fiel, en el cielo.
De esa herencia de afliccion
que así al hombre mortifica,
las lágrimas purifica
el crisol de la oracion;
y es tan grato al corazon
orar y tan necesario,
que, del mundo en el calvario,
se hace leve la subida
encadenando la vida
*en las cuentas del rosario.*

TELON.